

Dos bestias sueltas: las figuras del soberano y la multitud en el discurso de Ramos Mejía

SCARCELLA, Daniel Carmelo/ Universidad Nacional de Córdoba - dscarcella@gmail.com

Eje: Anátomo-políticas y prácticas médicas: cuerpos enfermos y anomalías ¹¹_{SEP} Tipo de trabajo: ponencia

^a Palabras claves: anormales - Rosas – multitud – medio

> **Resumen**

En este trabajo analizaremos dos textos de Ramos Mejía, a los que consideramos clave (*Las neurosis de los hombres célebres de la historia argentina* [1878] y *Las multitudes argentinas* [1898]), para comprender de mejor manera cómo el discurso médico-legal, enmarcado en una episteme positivista dentro del proceso de emergencia y organización de un Estado, trabaja y elabora conceptos de soberano, soberanía, individuo, población, y de medio, que se problematizan un poco más allá de una relación disciplinaria entre cuerpo y norma.

Los textos seleccionados se abocan a dos figuras: los dos monstruos políticos, las dos bestias, los dos que están afuera de la ley, como son la figura del soberano y la del pueblo que Foucault desarrolla en *Los anormales*, y que en este caso aparecerán principalmente a través de los personajes: Juan Manuel de Rosas y la multitud. Algunas de las preguntas que recorren a los textos de Mejía, y al periodo conocido como “mundo de los 80” en el que empieza emerger y organizarse el Estado, y que intentaremos responder, o dar una primera aproximación, son: ¿quiénes son los anormales y/o monstruos de la sociedad? ¿Cómo se los puede gobernar? ¿Cómo era el soberano-bestia de Rosas, y cómo ejercía su poder? ¿Cómo es el medio en el que habita el argentino, hay que modificarlo? ¿Cómo son las multitudes que recorrieron el pasado y el presente, y qué relaciones entablaron con sus líderes políticos? ¿Son gobernables?

Preguntas, que ya no se responden simplemente con una élite dirigencial, un inmigrante marginalizado y la gestión de dispositivos disciplinarios, sino más bien a partir de la configuración de un espacio, de un medio en el que el soberano, “los hombres carbono” que devienen multitud, circulan fuera y dentro de él, lo transforman y lo componen.

> **Presentación**

Ramos Mejía analiza en su *texto Las neurosis de los hombres célebres...*, a quien consideró el monstruo político más importante de la historia argentina hasta ese momento: Juan Manuel de Rosas. En *Las multitudes argentinas* la figura analizada principalmente será el otro monstruo: el pueblo amenazante, las masas; que empiezan a recorrer el mundo urbano moderno e industrial. Entre ambas publicaciones, ocurre la Conquista al Desierto, y la publicación de la segunda parte del *Martín Fierro*, esto nos parece un dato importante a mencionar, ya que ambas cuestiones se relacionan con el avance de la civilización sobre la barbarie. Porque con la famosa campaña a cargo de Julio A. Roca no solo se solucionan problemas de frontera y la aniquilación de un otro, sino también la conformación del territorio nacional: el territorio conquistado y arrasado, los caudillos asesinados y sus montoneras aplacadas, los conflictos tanto en las fronteras “internas” como “externas” van desapareciendo. Donde solo había ausencia de ley y tierras fértiles sin producir, aparecieron el sable y el fusil para luego dar a paso a otro dispositivo, como el jurídico, con los contratos de entrega de tierras. Lo interesante de los textos de Mejía es que no estarán abocados a la figura del gaucho como un sujeto anormal, sino a las nuevas figuras que aparecen en la ciudad moderna emergente de Buenos Aires, como son los locos, los alcohólicos, los criminales, las histéricas y las masas.

› **¿Cómo gobernar a los monstruos?**

A Ramos Mejía adhería a la postura del degeneracionismo que implica el (mal)gen heredado. Bajo esta corriente aparecieron figuras monstruosas morales y/o biológicas: el criminal, el maníaco o el enfermo. Adhería también, a las posibilidades de reformación o adaptación de un individuo al medio y afirmaba que era el Estado quien debía trabajar en pos de ello. Planteaba que los cerebros progresan materialmente acorde a la civilización en que se desarrollan (2012: 37), y que junto a otros elementos como la tecnología del higienismo y el dispositivo disciplinario educativo, -que en su afán e ímpetu de “acriollizar” a los inmigrantes devenía biopolítico-; conforman una oscilación en su discurso. Este discurso médico con un poder-hacer político, se transforma en temerario, por poder oscilar su línea que define lo normal/anormal entre una naturaleza monstruosa o una falta de adaptación, es decir, el cerco que define quién es rebaño y quién no, quién queda a merced del lobo o se convierte en uno, varía continuamente. Cuando el autor habla de los anormales modernos, uno de estos será los hombres que posean ciertos “estados intermedios” de cordura:

Son, puede decirse, una masa de luz y de sombras, una mezcla incomprensible de la salud y de la enfermedad, una combinación extraña de la razón y de la locura. Todos sus actos (...) muestran algo de extraordinario y anormal. “En todos, lo repetimos, se percibe un fondo enfermizo...” (2012: 52, 53, 57).

Estos hombres son inestables y estables, sus características además de ser hereditarias se agravan con el paso del tiempo. Pueden pasar desapercibidos y será solo la mirada médica, especializada, la que los pueda detectar “cierta exquisita agudez visual que observe y escudriñe” (2012: 57). Resaltamos cómo en esta gestión de la población, se apunta a una desconfianza del otro, ya que, cualquiera puede ser anormal. La idea del otro en la multitud no es sólo una posible inseguridad e intranquilidad de la vida del cuerpo, sino más bien, como sujeto habitante de un medio no ser consciente de la anormalidad de los otros, los otros son bestia y el sujeto no se percata de ello, lo que también lo convierte en una. La idea de transmitir el peligro no es sólo para que el individuo cuide su cuerpo, sino para que observe en el semejante, a un lobo disfrazado, o a una bestia enjaulada, que amenaza. Entonces, el discurso médico puede actuar en la constante normalización de la población.

En *Las multitudes argentinas* [1898] (1994) aparecen otras figuras un poco más cotidianas, conformados por: *el burgués aureus*, el guarango, el canalla, el huaso y el compadre: el primero, además de tener un gusto por lo popular, y la madurez de un niño, simulará amor de “alguna solterona centenaria” con el fin de conseguir algún “capitalito”; el segundo descrito como un invertido en el gusto del arte, que presenta una imagen similar a la del “invertido sexual”, tiene “proyectos tiránicos de ahorro”, que cuando logra dinero, sea de la forma que sea, solamente guardará su dinero, “Lo abultará contra su pecho”, aunque llame la caridad o el patriotismo. En estas figuras sigue permaneciendo algo bestial. Aunque se los domestique a través de la instrucción y el paso del tiempo, hay algo que permanece, que se resiste. Serán todas figuras con anomalías morales, que no dejan de estar asociadas a la estafa y al aprovechamiento del otro para un beneficio económico. Entonces, estos humanos con restos de bestia son demasiado avaros, ahorrativos, estafadores o especuladores. A finales de siglo XIX, la anormalidad ya no está tan asociada a lo biológico, sino a aquel que no se adapta mansamente a un estado liberal y capitalista, que se basa en la explotación del inmigrante-obrero, que no se contentan con ser fuerza-de-trabajo, que no se adaptan al medio, o que se adaptan demasiado bien, y le encuentra defectos y atajos, o posibilidades de ascender, en este sistema dividido no tanto en distintas especies del reino animal sino más bien “especies económicas”.

› ***Rosas, el monstruo-soberano***

Para el autor la locura que describe de Rosas devendrá en un gobierno tirano, que no solo producirá miedo, violencia y terror, sino también tendrá serie de efectos patológicos en los habitantes argentinos. El terror producirá histéricos, cardíacos, y la misma muerte:

A esta categoría pertenece el desarrollo relativamente considerable del histerismo en sus diversas formas, en algunas de las provincias argentinas y cuyo aumento se hizo más sensible bajo el reinado del terror. (...) El terror es la palanca más poderosa para despertar todos estos

trastornos, que pueden ser o no sólo dinámicos, sino también orgánicos, nutritivos del cerebro y de los demás órganos del cuerpo humano. Este mismo origen reconocer la propagación rápida de las afecciones cardíacas durante la tiranía de Rosas. (2012: 87, 88)

El terror entendiéndolo como el ejercicio de la violencia del soberano, aplicando un estado de excepción, sin ningún tipo de ley, tiene sus consecuencias en la salud de la población. A esta población no se la puede considerar como tal, por la falta de elementos políticos (como un Estado burocrático constituido), y además, porque la población o bien muere, o pasa a ser una no-persona (enfermo) o una anti-persona (loco). Lo interesante en este atisbo de una psicología de masas es la aparición del diagnóstico, de la pericia, que ya no se limita a los “hombres célebres” sino a cierto grupo de habitantes que es analizable en su conjunto.

La función de la revisión de los monstruos y anormales de la historia -donde aparece un soberano que no responde, o solo lo hace a través de la violencia y el caos que genera la falta de la ley-, es infundir miedo en el presente de la población. La idea de que se puede desarrollar “dentro del sujeto”, o sea, legitimar este discurso psiquiátrico-político para que pueda intervenir en la discretización de los cuerpos, a través de una marcación y división constante entre lo normal y lo anormal.

Para la descripción de Rosas en *Las neurosis...* recurre a la presentación de patologías y anormales modernos, para luego argumentar, sobre todo a través de la ejemplificación, cómo el tirano concentraba todas ellas. Para introducir el estado patológico del Restaurador utiliza el concepto de monstruosidad moral y monstruosidad biológica. Estos aparecen como dos planos completamente conectados a través del concepto de la herencia: un padre loco, tiene un hijo criminal, y éste a su vez uno maníaco, que, en el caso del tirano, fue heredado de su madre.

Uno de estos monstruos es el caníbal, que no asesina y come a sus víctimas por hambre sino por locura. Además, obtiene placer al comerlo y beberlo: “un placer inefable en el tormento lento pausado, en que se bebe la muerte a intervalos crueles, a la manera que lo hacía Rosas” (2012: 96). Rosas será poseedor de la *locura-moral*, que lo convertirá finalmente en un monstruo-moral, y este estado monstruoso no es figurativo sino literal y anatómico. Nos hará recordar a las transformaciones en hombre-lobo de la literatura gótica:

Skae, el célebre alienista inglés, habla de un hombre en quien esta *aura homicidia* principiaba en los dedos de los pies, luego ganaba el pecho produciendo un sentimiento de debilidad y construcción, en seguida subía a la cabeza y determinaba una pérdida completa de la conciencia (citado por Maudsley). A esto se agregaba un sacudimiento violento e involuntario, de las piernas primero, después de los brazos, y cuando aquél estaba en su mayor fuerza era cuando el enfermo se sentía impulsado a cometer todo género de violencias. (2012: 98)

Tanto los ejemplos modernos que da Mejía como la descripción de Rosas, coinciden en que estos sujetos al convertirse en monstruos, gozar con el sufrimiento ajeno. Al comerse a la víctima, realizan una

bestiada fálica, condensando, a su vez, las figuras del antropófago y del degenerado. El problema de esta “raza” de locos, así como el hombre-lobo-homicida, es que son una “plaga social” que solo la mirada especializada y bio-politizada del médico puede detectar, ya que, por ejemplo, Rosas, era “un hombre de singular hermosura” pero toda su morbidez se concentraba en su cerebro. Sin embargo, si en un primer momento a Rosas lo caracteriza como un monstruo moral, ya que por fuera es hermoso, en un segundo momento, cuando la mirada médica interviene encuentra como su monstruosidad está ahí, a su vista, en su ojo:

La abundancia exuberante de su cabello encubría a la mirada poco curiosa de sus cortesanos, las señales inequívocas del desigual desarrollo de su cerebro...la cabeza de Rosas...indicaba un desenvolvimiento grande de todas las facultades animales más inferiores, sobre todo de esa ferocidad occipital, como llama Gosse a ese signo tan característico de los hombres de un nivel moral muy bajo (2012: 126, 127).

Ahora bien, como tirano, Rosas además de ser un monstruo, creará una serie de técnicas correspondientes, como “la muerte a cuchillo mellado al son de músicas diabólicas”, o sea, una refalosa, es un invento de Rosas, una técnica del soberano bestia, una figura que puede no-responder, no hablar, pero que al mismo tiempo, su lengua sirve más para comer que para producir lenguaje, y al matar al unitario como un animal, lo despoja de su lengua-je, produciendo un desplazamiento a lo humano de la matanza de animales (Ludmer, 2000: 150). Y cabe agregar, que estas víctimas no eran devoradas por las bestias de la Mazorca, sino que como Ramos Mejía comenta, algunas cabezas las llevaban al mercado, y las adornaban con perejil y guirnalda de colores. Creemos que no para generar un mayor temor, sino para demostrar la idea de que en el régimen del terror *todos son animales*. La oveja del ganado se da cuenta que su pastor no los cuidaba de los lobos, sino que es un lobo más con la capacidad de disfrazarse. Más adelante en el capítulo, Ramos Mejía citando a Rivera Indarte, continúa desarrollando cómo el hombre no solamente será “sacrificado” como animal, en el contexto de la fiesta del monstruo, sino que también será tratado como animal para un uso económico: “Bajo el amparo de su mano se ha arrancado la piel de los cadáveres insepultos y se han hechos maneadas y bozales para su uso (Rivera Indarte, *Rosas y sus opositores*)” (2012: 112). El hombre, es despojado de un ritual que lo permitiría reinsertarse en cierta economía de la persona como es el entierro, o sea, es sacrificado como un animal y también consumido como tal, ya que: “Se ha comido la carne humana” y su materia restante será utilizada con un fin material, como es la producción del aparejo para montar un caballo.

En un país, donde el ganado vacuno es un capital clave para la economía, el sujeto es despojado de su estatuto de persona, y es tratado como una “cabeza” más, con la gran diferencia, que el monstruo arma una fiesta, en donde el hombre en tanto especie pasa a ser una más de la pampa a ser consumida. Es por esto, por lo que la figura de Rosas para Mejía dejará de representar el régimen del terror, para ser el mismo quien lo encarna.

Otra idea importante sobre esta relación conflictiva persona/animal planteada por Mejía es cuando equipara el alma humana al cerebro: “Cuando digo espíritu, alma, etc., me refiero al conjunto de las funciones cerebrales” (2012: 94). Con una dirigencia política que todavía luchaba por exterminar los últimos resabios de “la barbarie” -donde la barbarie es esa bestia representada por otro que en la campaña será el indio, el gaucho y en la ciudad el inmigrante-, y terminar de imponer una civilización a través del dominio del individuo civilizado (hombre, adulto, blanco, heterosexual, educado) con un ideario positivista que se alejaba de los preceptos teológicos, la parte humana, la que podía alcanzar la vida eterna, es anulada y convertida en otro pedazo más de carne, que el saber médico-psiquiátrico puede intervenir. El estatuto de persona no estará más garantizado por la religión, sino por poseer “sanidad mental”.

› **La constitución del medio**

Cuando Mejía escribe *Las neurosis...* aparece la preocupación por la constitución de un medio adecuado para el desarrollo de una población sana. Cuando describe a la sociedad colonial, específicamente la de la revolución y la independencia, afirma que no tuvo hospitales porque no los necesitó, que el alimento era abundante y sano, cuestiones que generarán hombres “atletas” (2012:74); que no se dan en el presente del autor, por una cuestión sencilla y muy problemática, la relación entre el espacio y sus habitantes en la ciudad de Buenos Aires: ...cada habitante tenía los pies cúbicos necesarios; hoy tiene un déficit enorme comparado con la cantidad que con arreglo a los sanos preceptos de la higiene le correspondan. Les falta el doble de lo que necesitan y Buenos Aires se asfixia en la estrecha superficie aereatoria que posee...”. (2012: 73)

Esta cuestión de diferencias entre dos épocas también se marca en las enfermedades de las poblaciones. Mientras en la época de la independencia, éstas: “no reinaron de un modo alarmante” (2012: 74), en el presente generan una especie humana degenerada, venida a menos: “generación empobrecida con la tez pálida y el rostro volteriano, con sus carnes blandas y flácidas y esa mirada trístísima tan característica.” (2012: 74). Este hombre de la independencia no fue simplemente un atleta por el alimento y el aire sino por su descendencia, que fueron los primeros conquistadores y colonizadores que sobrevivieron al clima, al hambre, a la muerte misma, pero no se mantuvieron con vida para fundar una nueva civilización, sino que lo hacían por “oro y gloria” (2012: 78). Para una buena adaptación al medio no solamente se requiere ciertas características en el individuo como especie humana sino también basada en una ética económica: la consecución de un exceso de riqueza a través del dominio y el exterminio de un otro.

En *Las multitudes argentinas* veinte años más tarde, ya no será solamente el problema de la relación entre la circulación del individuo en el espacio, sino por cómo se adapta el inmigrante al medio, que lo considera como “algo amorfo”, “alejado de toda organización mental”, “un cerebro lento como el del buey” (1994: 158, 159). Sin embargo, considera que el medio -en este sentido el autor entiende medio

como un modo de circular la ciudad y vivirla, ya alejado del campo, asegurada la alimentación, con la adquisición del lenguaje y el paso por la escuela-: “opera maravillas en la plástica mansedumbre de su cerebro casi virgen” (1994: 159); y le sorprenderá la mansedumbre con que acepta las reglas del medio: “la dócil plasticidad de ese italiano inmigrante” (1994: 160). Si el inmigrante se adaptaba al medio no era un problema, esto implicaba el paso de un tiempo considerable, para que ese monstruo bárbaro -que llega del otro mar, con su lengua incomprensible- literalmente evolucione:

Hay un tanto por ciento de narices chatas, orejas grandes y labios gruesos: su morfología no ha sido modificada aún por el cincel de la cultura. En la segunda [generación], ya se ven las correcciones que empieza a imprimir la vida civilizada y más culta que la que traía el labriego inmigrante. El cambio de nutrición, la influencia del aire y de la relativa quietud del ánimo por la consecución fácil del alimento y de las supremas necesidades de la vida operan su influjo trascendental. (1994: 164)

En diversas oportunidades aparecerá esta característica de una adaptación con mansedumbre. Para Mejía habrá que someter, anular, la parte animal de la población, y en el gobierno sobre esta aparecerán ciertas técnicas biopolíticas como fue el higienismo, acompañado de un fervor por la puesta en funcionamiento de dispositivos normalizadores, que dejarían de estar a cargo de la Iglesia, para pasar a manos del Estado, como la salud y la educación: “La multitud deberá devenir en masa política gobernable, así como la fiera salvaje se transforma en doméstica” (1994: 11). El autor por momento se mostrará confiado de este poder de adaptación y evolución, y en otros demostrará temor, ya que, el inmigrante y su visión monstruosa por cierta parte de la clase dirigente del país, desafiaba la teoría darwinista, porque en vez de adaptarse al medio que el Estado desarrollaba, lo desafiaba e intentaba devorárselo al volverse codicioso e intentar llegar al Capitolio. A esta figura la denomina “burgues aureus”, y considera que la educación funcionará como “cepillo”. Lo interesante, es que el dispositivo disciplinario educativo aparece funcionando bajo el mecanismo inclusión/exclusión, no solo, por aquel que se queda afuera de la escuela, sino también que debe educar para mantener separadas a las clases sociales.

A continuación, desarrollaremos específicamente cómo se relaciona la multitud y el medio en los dos textos seleccionados.

› **Multitud y soberano**

Ramos Mejía en *Las neurosis de los hombres célebres...* le dedicará un capítulo a la relación entre Rosas y sus gobernados. En el que compara el gobierno del Restaurador con la peste y la relación que tenían estos con él, que es análoga a la adoración de lo divino. En su segundo texto se abocará de lleno al análisis de la multitud; afirma que para comprenderla hay que analizarla de “cuerpo entero”, es por esto que su análisis va desde la colonia y el virreinato hasta el presente del autor. Ahora bien, cuando afirma en las primeras líneas del prólogo: “Pienso que, para conocer a fondo la Tiranía, es menester estudiar las muchedumbres de donde salió...” (1994: 13), esta figura colectiva suscita interés para entender como

emerge un gobierno tirano desde ella. En cierto sentido, se puede pensar que es esta masa del pueblo la que elige o descarta a cierta figura para que ejerza la soberanía sobre ella. Hipotetizamos, que, en el discurso del autor, el saber médico se utiliza para saber cómo funciona la multitud, sus deseos, su fisonomía, sus móviles, sus acciones, y que este saber otorgará técnicas para controlar a la población.

En el primer texto que mencionamos, aparecerá, por un lado, la ciudad de Buenos Aires personificada, que tendrá “una infancia difícil y enfermiza” por la peste que provocó el régimen rosista. Una peste, que entrará en las mentes de los individuos, en la formación de multitudes bestializadas, el recinto privado de lo doméstico y lo familiar, disolviendo la unidad como proyecto nacional de la familia, en la sexualidad, la adoración a su líder que devendrá un Lucifer, que podrá ejercerá el poder entre dejar sobrevivir o morir, será un poder que a la manera del virus penetrará en lugares impensados, se multiplicará y producirá “orgías que hacían temblar a Buenos Aires”.

Para Mejía el régimen rosista fue como la “demonofobia o demonomanía [que] arrasaban en la Edad Media los conventos y las poblaciones enteras” (2012: 33) o con distintas epidemias que sucedieron en esa época en Europa, teñidas de lo místico, la multitud, el hambre y lo orgiástico como lo fue la Coreomanía o el Vampirismo. Esta epidemia generada por la tiranía producirá “un estado cerebral patológico” de tal manera, que nos recordará a una figura más moderna, como es la del zombie:

...período de depresión mental, en el que se vislumbra un modo de ser análogo a la demencia.
¡A tal punto se encontraban abolidas, o por lo menos suspendidas, todas las facultades afectivas! (...) Tenían la obediencia automática que imprime la fuerza oculta de la costumbre, movían los brazos, articulaban la palabra, sin tener conciencia del fenómeno. (2012: 135)

La otra variante de esta figura que roza al zombie, será la del “poseído”, que adoraba a Rosas como se lo hacía “al Diablo por temor a sus maleficios” (2012: 136) en la Edad Media. Rosas se convierte en un demonio hermoso, en un Lucifer. Esta posesión del virus que hacía circular el terror también implicaba depredaciones a los habitantes de la ciudad, “de una monomanía homicida furiosa” (2012: 134) que eran acompañadas, opina el autor, por previas orgías, en las que abundaba el consumo de alcohol y una música diabólica.

En el primer texto de Mejía lo que permite la conformación y acción de la multitud es un virus moral, que al mismo tiempo la convierte en bestia, en alienada o en idiota, que impidió el crecimiento de una civilización.

› ***A modo de cierre***

Para Ramos Mejía cuando la multitud construye a sus ídolos, será a través del criterio de la imaginación, de la impresión, “sólo las imágenes las aterrorizan, o las seducen”. Sus ídolos, que podrán

convertirse en sus líderes, como en el caso de Liniers o Rosas, serán elegidos por su belleza más que por su capacidad política “porque ama sobre todo lo físico, lo plástico vulgar” (1994).

Una de las características problemáticas de la multitud en cuanto a su accionar político, será que, puede tanto elegir como devorarse a sus líderes. En este sentido, la multitud en su figura del monstruo es incontrolable será domesticable hasta cierto punto.

Rosas, a diferencia del Liniers o Belgrano -que para el autor fueron simples instrumentos pasivos de la multitud, por ser inexpertos, simples, faltos de carácter, pero sobre todo “por la ausencia de facultades sugestivas”- funda su superioridad al representar una síntesis entre la plebe urbana y el salvaje rural. Daba a la multitud y recibía de ella, copularán y verterán ríos de sangre juntos, representarán una fiesta del monstruo por más de veinte años:

Aquella prostituta había encontrado por fin el bello souteneur, que iba a robarle el fruto de su trabajo, sangrar sus carnes entre las protestas de extraño amor y las exigencias de sus adhesiones incondicionales. Durante veinticinco años, va a entregarle toda la savia de su vida, entre los gritos y las risotadas de los anfitriones de la tiranía... (1994: 149).

Esta fiesta del monstruo a la que el autor teme en el presente ¿Apareció finalmente o acaso habrá que esperar hasta las masas peronistas, “los cabecitas negra”, y Perón saludando desde el balcón?

Bibliografía

Derrida, J. (2010) Seminario. *La bestia y el soberano: Volumen I: 2001-2002*. Buenos Aires: Manantial.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2004) “Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible...” en *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

Esposito, R. (2011) *El dispositivo de la persona*. Madrid: Amorrortu.

Foucault, M. (2016) *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- (2000) *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jitrik, Noé (1998) *El mundo del Ochenta*, Buenos Aires: América Latina.

Ludmer, J. (2000) “Los desafíos”, “La primera fiesta del monstruo”, “Otros desafíos con degüello” en *El género gauchesco: un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Perfil.

Ramos Mejía, J. M. [1898] (1994) *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, Editorial Marymar.

----- [1878] (2012) *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Buenos Aires: Emecé.